

**los  
extraordinarios  
secretos  
de  
april,  
may  
&  
june**

**robin  
benway**

**Traducción  
de Yolanda Porter**

LUNA  ROJA

*Para todas las extraordinarias chicas normales.*

Título original inglés:

*The extraordinary secrets of April, May & June*

Primera edición: marzo de 2012

Diseño de cubierta: Adriana Martínez, sobre el diseño original de Christian Fuenfhausen para la edición norteamericana de Penguin

Diseño de interior: Adriana Martínez

Maquetación: Marquès, S.L.

Edición: Marcelo E. Mazzanti

Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir

Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

*The extraordinary secrets of April, May & June*

© 2010 by Robin Benway

© 2012, Yolanda Porter, por la traducción

© 2010, Getty Images, por la fotografía de cubierta

© 2012, la Galera SAU Editorial,

por la edición en lengua castellana

La Galera, SAU Editorial

Josep Pla, 95 — 08019 Barcelona

[www.editorial-lagalera.com](http://www.editorial-lagalera.com)

[lagalera@grec.com](mailto:lagalera@grec.com)

Impreso en Liberdúplex

Ctra. BV2249, Km 7,4

08791 Sant Llorenç d'Hortons

Depósito legal: B-3.490-2012

Impreso en la UE

ISBN: 978-84-246-3839-9

Qualsevol mena de reproducció, distribució, comunicació pública o transformació d'aquesta obra resta rigorosament prohibida i estarà sotmesa a les sancions establertes per la llei. L'editor faculta el CEDRO (Centre Espanyol de Drets Reprogràfics, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) perquè n'autoritzi la fotocòpia o l'escaneig d'algun fragment a les persones que hi estiguin interessades.

# april

Odio ser la mayor.

Lo odio porque soy la primera en pasar por las experiencias. Y aunque no las haya pasado, mis hermanas siguen creyendo que lo sé todo. Lo que en parte es cierto, pero esta no es la cuestión. Al menos no en este momento.

Como cuando mi hermana June, la más pequeña, me sentó en el borde de mi cama la noche anterior al primer día en el nuevo instituto (lo que hizo que arrugara el edredón) y me interrogó sobre él como si fuera un concurso de televisión.

—¿Dónde come la gente guay? —me preguntó, y se apartó el flequillo de los ojos de un soplido, lo que hizo que le quedara todo revuelto sobre la frente—. ¿Pasa algo si todavía no sé conducir? ¿Van a hacerme novatadas porque soy de primero?

—June —tuve que decirle—. No lo sé, no lo sé y no lo sé. Yo tampoco he ido antes a este instituto, ¿te acuerdas?

—¿Pero qué pasa si no llevo el conjunto adecuado? ¿O si hay niebla y se me riza el pelo? ¿Crees que serán muy criticones?

Nuestra hermana mediana, May, asomó la cabeza en mi

habitación desde el pasillo. Llevaba el pelo recogido en la parte de arriba de la cabeza en lo que June llamaría «un completo desastre». Sin embargo, no podía culpar a May. Fuera hacía demasiado calor como para preocuparse de algo como el pelo.

—Sí —le dijo a June—. Olvídate de tener una cita en los próximos cuatro años. A partir de ahora te llamaremos la Pringada.

—Eso es porque tú no has tenido nunca una cita —June la fulminó con la mirada—. Pringada al cuadrado.

May puso los ojos en blanco y me hizo un gesto con su iPod negro.

—Necesito que me devuelvas los auriculares para no tener que oír tanto lloriqueo.

—En mi escritorio —le dije—. Y June, de verdad, a no ser que mañana dejen una manada de perros salvajes suelta en los pasillos del instituto...

—No tendremos tanta suerte —masculló May mientras revolvía en mi escritorio en busca de sus auriculares y tiraba un montón de libros de tapa dura en el proceso.

—...entonces no tendrás ningún problema. Y, ¿te importa tener cuidado, May? —Reordené mis libros y la miré enfurecida—. Un poco de respeto por la palabra escrita, por favor.

—Solamente tú —suspiró May— eres capaz de leer de verdad los libros de la lista de lecturas para el verano.

—¿Hay perros salvajes por aquí? —preguntó June—. Sé que hay coyotes.

—Podría haber una araña —le dije.

—O siete —añadió May.

Suspiré.

—¿Podéis largaros de mi habitación las dos para que pueda sentirme un rato como si fuera hija única?

Pero cuando se fueron las eché de menos. Era extraño: quería que se quedaran en mi habitación, y cuando estaban allí, quería que se fueran. Hacía dos semanas que nos habíamos mudado desde Orange County a nuestra casa nueva en el Valle, porque nuestros padres se habían divorciado, nuestra madre había conseguido un trabajo aquí y porque nuestro padre había aceptado un trabajo en Houston y se mudaba allí dentro de unas cuantas semanas. Al menos eso es lo que nos dijo mi madre que era el motivo por el que nos mudábamos. Yo, por otro lado, estaba casi segura de que tenía algo que ver con el hecho de que May cogiera una borrachera la noche que nuestros padres nos dijeron que se separaban. En realidad, nadie hablaba de ello, May la que menos, y aunque lo habláramos, no estoy segura de lo que le diría. «Mira que eres poco original». «Así que, ¿cómo se siente una al ser la protagonista de uno de esos vídeos educativos para adolescentes?». June, al ser la más pequeña, con catorce años, no tenía ni idea de la noche de desenfreno de May. Todo lo que sabía era que muchas de las estrellas del Canal Disney vivían en el Valle, así que estaba emocionada con la mudanza. Todo lo que yo sabía era que nadie nos había preguntado ni a mí ni a mis hermanas lo que queríamos, así que aceptamos con resignación. Aunque os diré algo: si hubiera sabido que íbamos a acabar aquí, me habría quejado hace mucho tiempo. El Valle a principios de setiembre es terriblemente caluroso.

Pues teníamos esta casa nueva, con este árbol jacarandá, cuyas flores de color violeta manchaban permanentemente la acera de la calle, y eucaliptos en el jardín. Era bonita, pero no

me sentía como en mi casa. Simplemente era una casa en la que vivíamos, y si escuchaba atentamente por la noche, podía oír el tráfico en Ventura Boulevard. «Será como una aventura», había dicho mi madre cuando nos mudamos, con una sonrisa tan grande que mis hermanas y yo simplemente le devolvimos la sonrisa. Como si realmente no hubiéramos pasado ya los últimos tres meses en una aventura, viendo cómo se reconfiguraba nuestra familia. Quizás yo había sido la única que temblaba por dentro, no lo sé. Ni quiero saberlo. Ya sé demasiado.

Pero las cosas se calmaron y estuvimos tan bien como podíamos llegar a estar. Empezamos el instituto y, el primer día, me perdí cuatro veces porque el campus era mucho más grande que nuestra antigua escuela, con postes de cemento gigantescos más o menos cada tres metros y caminos sinuosos que me hicieron tropezar dos veces. Sabía que muy pronto la vida volvería a la normalidad y olvidaría lo que solía ser antes, pero eso no me hacía sentir mejor cuando iba a parar por accidente a la clase de Geografía de primer curso en lugar de la de Anatomía de tercero.

Ahora me lo digo a mí misma muy a menudo: «Te olvidarás de como solía ser».

June, como el 99% de la clase de primero, no causó ninguna impresión de ningún tipo en nadie; May se limitó a su rutina habitual de estudiante de segundo que anda arrastrando los pies en sus Converse negras e ignora a la gente; mientras que yo simplemente seguía los pasos de los de tercero. Después de todo, ¿por qué nadar a contracorriente? Todo lo que pasa es que te cansas y te mueres antes. Déjate llevar, digo yo siempre.

O solía decir.

Eso fue antes de que me levantara y lo viera todo rojo.

Pasó el segundo lunes del curso. Ojalá pudiera decir que eso es todo lo que recuerdo, pero ese día me acuerdo de cada detalle. Fue el día que nuestro padre oficialmente se mudaba a Houston: ya se había medio mudado allí, pero iba a venir después de clase para despedirse oficialmente. Nos había enseñado fotos de su piso nuevo (tenía el aspecto de cualquier otro piso de América) y May, June y yo habíamos mirado las fotos y habíamos dicho «Mola», porque, en realidad, ¿qué otra cosa podíamos decir?

Recuerdo que ese lunes por la mañana había niebla, y que abajo olía a té de menta. Podría incluso contaros que llevaba un par de calcetines de May porque todos los míos estaban sucios, pero ese no es un detalle útil. Y, por favor, no se lo digáis a May. Tiene esa manía de que no le gusta compartir los calcetines. No sé, es así de rara.

Me levanté temprano, incluso antes de que sonara el despertador de June en la habitación que está junto a la mía. Al principio pensé que todavía estaba soñando porque todo lo que vi fue un rojo brillante que me pasaba flotando por delante de los ojos. Y entonces pensé que simplemente era el sol a través de los párpados que me recordaba que me tenía que levantar.

Ya sabéis, como si de alguna manera se me pudiera haber olvidado.

Pero cuando finalmente abrí los ojos, la habitación aún estaba a oscuras. No se veía luz por ninguna parte, solo el cielo rosado y tranquilo y la niebla gris que se deslizaba por delante de la ventana de mi habitación, y noté esa extraña urgencia llena de miedo y adrenalina, como cuando estás subiendo cuesta arriba en una montaña rusa y de repente te das cuenta de que no fue una buena idea montarse en una vagoneta destartada, ponerse el cinturón, y caer en picado por la vía sin haber pre-

guntado antes si habían pasado las inspecciones de seguridad o al menos haberte puesto un casco.

Pero, en aquel momento, pensé que no era nada.

—Simplemente estás nerviosa —me dije a mí misma en voz alta, mientras veía cómo la niebla empezaba a disiparse—. Eso es todo. Estás nerviosa. —Lo repetí hasta que me lo creí, aunque no había ningún motivo para estar nerviosa. Entonces el despertador de June sonó y oí a May que medio dormida le gritaba que lo apagara, y el día empezó como si nada y todo ya hubiera pasado.



—Voy a ser popular —anunció June esa mañana de camino al instituto.

Iba en el asiento de atrás del viejo monovolumen de nuestra madre, también conocido como «mi nuevo coche». Siempre que íbamos al instituto, June se negaba a ir en el asiento delantero del «Mama-Móvil» y May decía que a ella no le importaba dónde se sentara porque íbamos a clase, así que no había nada que pudiera mejorar las cosas. (Mi hermana May no es muy optimista).

May y yo ni siquiera nos dimos media vuelta al oír el anuncio de June.

—Qué bien —dije, mientras miraba por el retrovisor por si había policía. Estaba muy orgullosa de que no me hubieran puesto ninguna multa hasta la fecha y no quería estropearlo.

—April, es el pedal de la derecha —se quejó May desde el asiento del copiloto. Estaba hundida en el asiento con la capucha de la sudadera negra que le cubría su pelo rubio oscuro—. Quizás podrías apretarlo y podríamos ir más rápido.



—Perdona, pero no me han puesto nunca ninguna mul...

—He dicho —nos interrumpió June desde el asiento de atrás— que voy a ser popular. Este es mi objetivo para este curso. Nuevo curso, nuevo estilo de vida.

—Eres como una mezcla de la típica chica de primero y Oprah<sup>1</sup> —dijo May con desdén, y no hacía falta que le viera la cara para saber que estaba arrugando la nariz. Me fastidia muchísimo cuando lo hace—. ¿Por qué no intentas ser distinta a los demás, para variar?

—Sí, claro —dijo June—, porque ser distinta, a ti te ha funcionado tan bien. ¿Y qué hay de malo en ser popular? Gandhi era popular.

—Gandhi pasó hambre por la paz en el mundo y al final lo asesinó su archirrival —le informé—. ¿Es eso lo que tratas de emular?

Miré cómo pasaba el tráfico por el minicentro comercial mientras esperábamos en el semáforo rojo y miré cómo la gente hacía cola en el Starbucks al otro lado de la calle. Si hubiera sido una calle más allá en cualquier dirección, la vista hubiera seguido siendo la misma. May llama a nuestro barrio «la tierra olvidada por la diversidad».

—¿Sabes siquiera quién es Gandhi? —May le preguntó entonces a June, y finalmente se dio media vuelta para mirarla mientras el semáforo se ponía verde.

Podía ver a June por el retrovisor, que parecía frustrada mientras se alisaba su pelo oscuro con las manos para intentar evitar que se le rizara. Tiene este pelo largo de color castaño y un flequillo perfecto sobre la frente que se pasa la vida alisando.

1. Oprah Winfrey es una presentadora de televisión, actriz, empresaria y productora norteamericana, famosa por su programa *El show de Oprah Winfrey* (N. de la T.).

También tiene unos ojos marrones grandes, pero, por favor, no se lo digáis porque entonces pondrá ojos de cordero degollado y empezará a pestañear, y presenciarlo da vergüenza ajena. Pero sí, mi hermana más pequeña es muy mona.

Vaya asco.

—Ya, es lo que me pensaba —dijo May, y se dio media vuelta—. April, te lo juro por Dios, vas tan despacio que creo que vamos hacia atrás.

May, por otro lado, no es lo que llamaría mona. Los animales del bosque son monos. June es mona. May es algo completamente diferente. Está tan delgada que todo se ve exagerado en ella. Incluso los codos parece que vayan a rasgarle la piel fina de los brazos. Y si no te mira con el ceño fruncido se ve que en realidad es guapa. Incluso podría ser muy guapa, si no fuera porque parece que tiene los pómulos hechos de cuchillas.

En conjunto, May tiene ese tipo de aspecto que dice: «No hagas que te tenga que moler a palos». Eso podría explicar por qué el número de amigos que tiene es cero.

—¿Crees que tú podrías hacerlo mejor? —le dije, y puse el intermitente aunque aún faltaba una calle y media hasta el siguiente cruce.

—Mira —dijo June enfadada, sin prestar atención a la conversación entre May y yo—. Yo solo sé esto: en el mundo animal, si no te adaptas, mueres. Se llama darwinismo, búscalo.

May dio un bufido.

—Esta lección de ciencias ha sido patrocinada por la frase «no jodas».

Aminoré un poco la marcha al acercarnos al cruce, aunque el semáforo estaba verde.

—¿Qué haces? —gritó May—. ¡Está verde! ¿Cómo puedes confundirte con eso?

—En mi clase de Inglés hay una chica —continuaba June. Cuando tiene un pensamiento, nada consigue callarla. Si hubiera ido a bordo del *Titanic*, hubiera cotorreado sobre como el salvavidas naranja no le favorecía a su color de piel mientras todo el mundo se aferraba a los icebergs.

—Estoy aminorando la marcha porque es lo más seguro cuando te acercas a un cruce —le dije bruscamente a May—. ¿Y tú qué sabes? No tienes el carné, aún estás haciendo las prácticas.

May golpeó la cabeza lentamente contra el reposacabezas. June ni siquiera hizo una pausa para respirar.

—Pues eso, ¿está en mi clase de Inglés? ¿Y se llama Mariah? Está en el segundo curso, así que ¿está en tu curso, May? ¿Y es genial y...?

—¿Y por qué? —May la interrumpió—. ¿Todo? ¿Suena como una pregunta? ¿Cuando hablas?

—Pues eso —June la ignoró, pero vi cómo se sonrojaba en el asiento de atrás—. Se llama Mariah y...

—Mariah —dijo May—, se parece mucho a «paria». Medítalo.

—Bueno, ¡tú sabrás lo que es un pari...! —empezó a gritar June, pero mientras pasábamos por el cruce, se le arrugó la cara como si hubiera comido algo en mal estado. Vi cómo miraba por la ventana al vagabundo de la esquina y encogía los hombros.

—Eso que has hecho no mola nada, June —le dije—. Que sea un vagabundo no significa que no sea un ser humano.

—Yyyyy aquí llega el discursito —musitó May.

—Si no he dicho nada —masculló June, pero su voz era más tranquila y no mencionó más a Mariah.

—Bueno, no era necesario —dije—. Se te veía en la cara y

realmente creo... oye, un momento. ¿En serio no llevas puesto el cinturón de seguridad?

—Uy —June se lo puso—. Es mi culpa.

—Mejor di es mi muerte —le dije—. ¿No sabes que la mayoría de accidentes ocurren muy cerca de casa? Que podríamos...

Y de repente tuve la certeza de que tenía que cambiar de carril. Tenía una imagen de luces de freno justo en la parte de atrás de los ojos, como un recuerdo de algo que aún no había pasado, y agarré el volante con fuerza y cambié al carril de la izquierda con brusquedad, lo que hizo que mis hermanas gritaran y se agarraran a su (por suerte ya puesto) cinturón de seguridad. Dos segundos más tarde, las luces de freno se iluminaron y pasamos de largo al lado de un accidente justo en el momento en que tenía lugar, tal como lo había visto.

June fue la primera en recuperarse.

—Si tengo que llevar un collarín, te mato —murmuró desde el asiento de atrás.

May me miraba fijamente con los ojos muy abiertos.

—¿Qué demonios ha pasado? —dijo con un grito sofocado.

—No... no lo sé —admití. Si no hubiera tenido el volante tan bien agarrado, me hubieran temblado las manos—. Simplemente he cambiado de carril. Eso es todo.

—Pues, fuera lo que fuese, me ha gustado —May sonrió y se acomodó de nuevo en su asiento—. Por fin. Un poco de emoción por estos lares.



# may

April siempre hace que al principio todo parezca muy dramático: «Oooh, vi el color rojo y supe que era una señal y el cielo se abrió y surgió la niebla...», etc., etc.

Pero el día no era tan dramático.

Al menos hasta que me vi involucrada.

En cuanto mis hermanas y yo pasamos por la puerta principal del instituto, entramos en la rutina de la semana, lo que básicamente significaba que nos negábamos a reconocer la existencia de las otras dos durante las siguientes seis horas y treinta y siete minutos.

Quizás si era el cumpleaños de alguna o algo, levantaríamos una ceja en reconocimiento, pero por lo demás, yo no las conozco y ellas no me conocen a mí.

Tampoco es que fuera diferente al salir de clase.

Imagino que es lo que tiene ser la mediana. Cuando éramos pequeñas, mi madre solía usar la vieja metáfora del bocadillo para explicar por qué ser la mediana era tan importante: «¡Tú eres la mortadela en el bocadillo!», decía, y yo tenía que recor-

darle que no, que era a June a quien le gustaba la mortadela, no a mí, lo que medio le desmontaba la metáfora.

Tampoco voy del palo «siempre April por aquí y June por allá, y a mí que me parta un rayo». O sea, supongo que quierro a mis hermanas. Creo que estoy obligada biológicamente a quererlas. Solamente me gustaría que no fueran tan... ellas. Especialmente en el instituto: con June que se está metamorfoseando en una criatura social y April que se está preparando para una vida de coleccionar libros, ser brillante y sacarse doctorados, es bastante fácil pasar desapercibida.

Y en estos momentos, con mis padres divorciados, me siento más mediocre que nunca. No es que mi autoestima esté tocada, pero antes era como que lo que me diferenciaba era que mis padres estaban todavía casados. Pero ¿y ahora? Somos como todos los demás. Señoras y señores, sigan con sus asuntos, aquí no hay nada que ver.

Imagino que de alguna manera he pasado toda mi vida preparándome para esto.

De hecho, si no hubiera pasado hubiese sido casi gracioso.

Ese lunes por la mañana, cuando empezó todo, April nos llevaba al instituto en el Tronco-Móvil. A primera hora, en la clase de Geometría, usé el compás para dibujar una familia de muñecos de nieve. En la segunda hora tuve Educación Física, e inmediatamente usé la excusa de los calambres, haciendo muecas de dolor cada minuto o así, mientras todos los demás daban vueltas corriendo y se quedaban sudados y asquerosos. Honestamente, pienso que tener que llevar pantalones cortos de gimnasia debería considerarse un crimen contra la humanidad. (Le dije eso a April una vez, y todo lo que hizo fue poner los ojos en blanco y decir: «Hay gente que realmente ha sufrido crímenes contra la humanidad, May, no es un tema para hacer

bromas». Tiene el sentido del humor de una pulga. De una pulga que no es graciosa).

La tercera clase fue de Historia europea. Odio la historia. Conozco ese viejo dicho sobre cómo los que no consiguen aprender historia están condenados a repetirla, pero ¿va en serio? La gente ha estudiado historia durante siglos y todavía hay guerras, hambruna, dictadores y enfermedades. La historia se va a repetir a sí misma tanto si tengo que pasar 56 minutos al día aprendiéndola como si no.

Y en particular no puedo soportar la Historia europea. Me gusta Europa, y un día voy a vivir en París y tendré vistas a la torre Eiffel y viviré con un artista, así que me molan los europeos. Pero la historia es absurda. No hubiera sido tan difícil llamar a un rey con otro nombre que no fuera James, Edward o George. ¿Qué tal Héctor? ¿O Archibald? Una vez ya estás en James V o lo que sea, es el momento de buscar otras opciones.

Y mejor no hablar de Prusia.

Pero lo que odio más de la Historia europea es que me han hecho coger un tutor. Parece ser que suspender los dos primeros exámenes del curso influye negativamente en tu expediente académico. Intenté señalar que la falta de creatividad en los nombres de los reyes no ayudaba mucho, pero en lugar de estar de acuerdo me dieron una cita con el subdirector para discutir opciones de estudiantes que hacen tutorías. Aunque asumí que no habría mucho que discutir.

De manera que tuve que procurar que mi padre no se enterara. Estoy segura de que April os habrá contado (porque claro, se lo ha contado a todo el mundo) que nuestro padre está en Houston. Y no es que a mi padre realmente le importe mi nota de Historia, pero me ha prometido que puedo coger un vuelo hasta allí y que me llevará a Austin. Nos prometió viajes

especiales a mí y a mis hermanas, tiempo a solas con cada una de nosotras, pero todo lo que me interesa es ver Austin. O sea, el lema de la ciudad es «*Keep Austin Weird*»<sup>2</sup> y yo soy bastante rara, así que tengo la impresión de que esta ciudad y yo vamos a ser BFFF. (Estoy segura de que también sabéis lo que significa la extra F).<sup>3</sup>

Y sí, supongo que sería genial ver a mi padre. Paso mucho tiempo intentando no pensar en él. Paso mucho tiempo intentando no pensar en muchas cosas.

El resto del día siguió el asqueroso patrón habitual. El almuerzo era siempre un punto flojo del día, especialmente porque no conocía a nadie y no me gustaba sentarme sola. Sabía que April probablemente estaba en la biblioteca del instituto, aprendiendo los hábitos de apareamientos de las larvas o algo igual de inútil, y June siempre estaba en otro sitio.

Aunque tampoco es que nunca las fuera a buscar.

Pasé el almuerzo tal y como lo hacía todos los días, paseando por los pasillos como un fantasma e intentando aparentar que iba a algún lugar. Intenté decirme a mí misma que nunca nadie se daría cuenta de que existía, pero a veces eso solo me hacía sentir peor. No sé. Como ya he dicho, soy rara.

Después del final de las clases, anduve pesadamente hacia el soleado y deslumbrante aparcamiento, donde April estaba apoyada contra el coche y hacía tintinear las llaves en la mano, y sus mejillas, que normalmente estaban sonrojadas, parecían más pálidas de lo habitual. Incluso su pelo rubio, que ya era bastante claro, parecía unos tonos más claro.

—Madre mía —dije—. Parece que vayas a vomitar.

2 Contribuye a que Austin sea raro (N. de la T.).

3 Juego de palabras con las siglas BFF (*Best Friends Forever*, mejores amigas para siempre) añadiéndole una F extra para el adjetivo *fucking* (N. de la T.).



—Toma —dijo, y me dio las llaves—. Puedes conducir tú a casa.

La miré.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—Te lo preguntaré otra vez. ¿Por qué?

—Es que no me apetece conducir. Yo... tengo dolor de cabeza.

—Parece que vayas a vomitar —dije mientras cogía las llaves—. Por favor, no me eches la primera papilla por encima, ¿vale?

June llegó andando hasta donde estábamos antes de que April pudiera responder.

—Qué pasa —dijo—. Vamos a casa.

—Pero bueno —dije—, ¿es esa una actitud digna de Miss Popular?

Me miró.

—¿Conduces tú?

Sacudí las llaves delante de su cara.

—Genial —masculló, y se subió al asiento de atrás—. Bueno, al menos moriré joven y hermosa.

Después de que todas nos montamos en el coche, April comprobó su cinturón de seguridad tres veces.

—Oh, gracias por el voto de confianza, April —refunfuñé, pero me di cuenta de que incluso June hacía lo mismo—. Caramba, gracias, familia.

—Ve despacio —contestó April. Seguía pasándose la mano por el pelo como si buscara algo escondido en él—. Y no choques contra nadie ni contra nada.

Los primeros cinco minutos no fueron ningún problema, sobre todo porque estábamos en una zona residencial.

—Sabes, si lo piensas —dijo June después de un breve y maravilloso silencio—, de hecho esta es la zona más peligrosa para ti, May. Con todos los críos y las mascotas que pueden salir corriendo a la calle en cualquier momento...

—June —dije con brusquedad—. No ayudas nada.

—Sencillamente elaboro una hipótesis —se rio—. Es parte del proceso científico, ya sabes.

En cuanto llegamos al cruce principal, le di al pedal del acelerador un poco más fuerte y April casi salta por la ventana.

—May, te lo juro por Dios... —refunfuñó.

Me reí.

—Déjame que te enseñe cómo se hace, Hermana Mayor.

De pronto, April se quedó tensa y dijo:

—¡No, a ella no! ¡A ella no, May!

—¿Pero qué...? —empecé a decir, pero cuando miré hacia abajo, no podía verme las manos sobre el volante.

Eso no molaba nada.

Pasó tan rápido que al principio pensé que simplemente había parpadeado demasiado despacio o había tenido como una interrupción mental pasajera o algo. Empecé a sentir que me mareaba.

—Madre mía —susurré antes de poder evitarlo, y de repente el coche estaba virando bruscamente hacia la cuneta y April chillaba:

—¡Ella no! ¡Esta chica no!

—¿Quién no? —contesté gritando, pero justo cuando lo dije, vi a una chica en la esquina con el pelo negro de loca, y April se comportaba como si ni siquiera pudiera oírme.

Entonces, April agarró el volante, de una sacudida hizo que el coche volviera al carril justo cuando la chica ahogaba un grito y se quedaba paralizada en la acera. June chillaba en la

parte de atrás: «¡Lo sabía! ¡Lo sabía!», y yo no tenía ni idea de qué demonios decía, ni me importaba. Casi ni me di cuenta de que habíamos estado MUY cerca de embestir a un transeúnte inocente. Estaba demasiado ocupada intentando entender adónde habían ido mis manos.

Cuando parpadeé de nuevo, las manos estaban de vuelta sobre el volante, como si nunca lo hubiera soltado. April también estaba aún agarrada al volante, con los ojos abiertos como platos.

—¿Pero qué...? —susurró.

—¿Qué? —dije temblando.

—¿Qué? —repitió—. ¿Has... tú has...?

—¿He qué?

June interrumpió desde el asiento de atrás, su voz parecía temblorosa.

—Esto, ¿chicas?

Como siempre, la ignoramos.

—May —susurró April—, estabas aquí y luego no estabas.

—¿Chicas?

—En serio, June, cállate un momento —dije por encima del hombro, pero pude oír mi voz temblorosa y parecía como apagada, como si no estuviera realmente ahí.

Como si fuera invisible.

—No es posible —le dije a April—. ¡Mírame! ¡Estoy conduciendo maquinaria pesada! ¡No puedo haber desaparecido sin más!

—¡Dios mío, aún estás conduciendo! —exclamó April de repente—. ¡Para, para! ¡Así no puedes conducir!

—¡Estoy bien! —contesté con un grito—. ¡Y no puedo simplemente parar, estamos en medio de la carretera!

—¡CHICAS! —June ahora gritaba a la vez que nosotras—. Creo que...

—¡June, CÁLLATE! —gritamos las dos por encima del hombro.

—Mira, estás alucinando o algo —le dije a April—. Estás agotada mentalmente y estás alucinando. Necesitas dormir más, no es bueno...

—Estás divagando —me interrumpió—. Y tú también lo has visto. Ahora mismo tienes los ojos superdilatados.

Hubo un silencio breve y luego June se inclinó hacia los asientos delanteros.

—Creo que sé por qué...

—Bueno, quizás alucinamos juntas —dije. Si ignorar a June fuera un deporte olímpico, yo sería Michael Phelps.

—¿Alucinamos juntas? —se burló April—. Sí, parece muy lógico.

—Oh, lo siento, ¿qué es más lógico para ti? ¿La teoría en la que yo desaparezco?

Estaba aferrada al volante con tanta fuerza que parecía como si los nudillos fueran a atravesarme las manos. Empujé cada uno de los dedos contra el volante, uno después del otro, y los conté una y otra vez mentalmente, llegaba hasta el diez y luego al revés hasta el uno.

—¿Quieres parar el coche de una vez? —gritó April—. ¡No puedes conducir así!

—¡Y en cambio lo estoy haciendo! —repliqué.

—¡CHICAS, QUERÉIS ESCUCHARME UN MOMENTO! —June tiene esta manera de gritar que te hace desear que fueras sorda.

—¡NO! —respondimos las dos con un chillido.

—¡BIEN! —gritó, y entonces se tiró contra el asiento de

atrás y cruzó los brazos—. ¡Sed todo lo estúpidas que queráis, no me importa!

El silencio reinó durante unos quince segundos mientras giraba hacia nuestra calle. Cada una de las casas se parecía a la anterior y a la que venía después. La primera semana que vivimos aquí, nuestra madre tuvo que abrir la puerta del garaje para saber cuál era la nuestra. Pero en ese momento casi ni reparaba en las casas. Estaba demasiado ocupada prometiéndome mentalmente que no hablaría más con April.

«Lo juro, nunca más me saltaré una clase —pensé para mí—. Seré amable con mis hermanas más a menudo. Dejaré de odiar Historia europea y estudiaré de verdad. Incluso haré de voluntaria con pacientes con cáncer para compensar la vez que me fumé aquel cigarrillo en...».

La voz de June me llegó fuerte y clara desde el asiento de atrás.

—¿Tú has fumado?

Casi me llevo por delante los cubos de la basura que hay en frente de nuestra casa, pero conseguí frenar y aparcar y después me di media vuelta para mirarla. April hacía lo mismo.

—¿Qué? —le dijo a June—. ¿De qué hablas?

«No hay manera de que pueda saberlo —pensé—. No. Hay. Manera. Posible».

June se sentó otra vez en su asiento.

—¿Qué te apuestas?

April se cubrió la boca con la mano.

—¿Acabas de leerle la...?

—Sí —June ahora tenía aires de suficiencia—. Eso es lo que intentaba deciros. Y no te preocupes, May —añadió—, no es que vaya a contarle a mamá lo del cigarrillo. Todavía.

—¡Será mejor que reces para que me desaparezcan las ma-

nos de nuevo antes de que te las ponga alrededor del cuello!  
—grité, y me dispuse a lanzarme por encima del asiento sobre ella.

—¡Espera, espera, para! —gritó April, y tiró de mí mientras June se encogía de miedo en el asiento de atrás.

—¡May, déjalo! Mamá y papá están aquí, van a...

Nos quedamos las tres paralizadas justo a tiempo para ver a mis padres que salían juntos por la puerta principal. Mi padre llevaba sus gafas de sol y mi madre aún llevaba puesta la ropa del trabajo. A los dos se les veía la boca con forma de una línea recta y fina. Hablaban de algo que no podíamos oír. No pintaba bien, pero es que ninguna de las conversaciones que habían tenido en los pasados dieciocho meses había pintado bien. Ni siquiera voy a contaros cómo sonaron.

Nos quedamos sentadas allí y los miramos durante casi un minuto entero. No podría decir si estaban discutiendo o si...

—No, están discutiendo —dijo June.

—Deja de leerme la mente —le dije aturdida justo cuando April le decía:

—Deja de leerles la mente.

Me recliné en el asiento de delante, y sentí las piernas pegajosas contra la piel de la tapicería. Me dolió cuando intenté despegarlas, lo que fue un alivio extraño. El dolor me gustaba. El dolor significaba que todavía estaba allí.

—¡Hola, muñecas! —gritó mi padre de pronto desde el porche al darse cuenta de que estábamos allí y paró así la discusión a media frase—. ¡Vamos, venid a despediros de vuestro viejo padre antes de que se convierta en un vaquero!

Casi tuve que ir a vomitar cuando lo dijo. Con solo pensar en vomitar, la garganta me ardía con recuerdos de tequila, lo que me hizo querer vomitar de nuevo.

—Qué raro —dijo June con voz baja desde el asiento de atrás, pero apenas la oí.

Me pregunté cuándo sería la próxima vez que vería a mi padre, y si sería extraño tener que volar en un avión siempre que quisiera verlo. Me pregunté si podría verme siquiera en ese momento, si estaba chiflada, si había algo tan raro en mí que incluso mi cuerpo no quería quedarse cerca para despedirse de mi propio padre.

Puse buena cara y lo saludé con la mano. Por el retrovisor lateral, pude ver que a June le temblaba un poco el labio, luego se lo mordió y parpadeó muy rápido. Normalmente lo hace cuando quiere hacerse la coqueta, aunque lo que parece es que tiene una lentilla mal puesta. Pero sabía que en ese momento no trataba de parecer mona.

En cuanto a June se le relajó la cara, abrí la puerta del coche y puse un pie en el suelo con cautela. Cuando vi que tocaba la superficie, no estaba segura de si me sentía aliviada o no.

